

EL PADRE DE LA PATRIA

Marco Aurelio Carballo



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010



EL PADRE DE LA PATRIA

Marco Aurelio Carballo

CUANDO ERA NIÑO Y LEÍA LAS BIOGRAFÍAS CONDENSADAS de los héroes llegué a considerarlos santos y en ocasiones semidioses. Quizá confirmé la consideración cada vez que observaba una estatua, enorme y sólida; si era bella, yo quería estar en su pedestal. Con poco esfuerzo imaginaba que de noche aquellas estatuas descendían de su basa y paseaban por la plaza de armas de la ciudad, maquinando nuevas travesuras históricas. Pero en la infancia no se me ocurrió pensar que esos héroes hubieran sido simples seres humanos mortales y que tuvieron las mismas inquietudes y necesidades y aspiraciones de cualquier otro niño.

De toda la información oficial recibida, primero de niño y después de joven, fueron escasos los episodios de aquellas proezas guardados en mi mente. Durante muchos años nada me estimuló a releer algo donde se me informara que Miguel Hidalgo y Costilla, nuestro

Padre de la Patria, había sido un ser humano o un niño como cualquier otro. Bueno, al leer su biografía supe que le decían *el Zorro* por inteligente, y que de adulto había liberado a mi patria de la opresión. Hasta ahí.

Ahora, en condiciones de contarles quién fue Miguel Hidalgo y Costilla (1753-1811), quiero exponerles ciertos descubrimientos. Se trata de que lo conozcan un poco más y acaso de que, cuando ustedes sean ya jóvenes y adultos, profundicen en semejantes hallazgos. La lectura de ese pasaje histórico estimuló mi fantasía. A tal grado que engendré el deseo de escribir una novela con dieciséis historias de amor, en el marco de la guerra de independencia. Jóvenes y hermosas mujeres enamoradas de otros tantos insurgentes intrépidos y gallardos.

Al principio me llamó la atención que el padre de Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga se hubiera casado con tres mujeres. Miguel tuvo cinco hermanos de padre y madre, y seis más sólo de padre. El señor hacendado, su padre, corrió con la mala suerte de que se le murieran las dos primeras esposas. Luego supe que Gallaga fue el segundo apellido de Miguel Hidalgo y Costilla. En las biografías escolares no se menciona, o no recuerdo que lo mencionen. Ignoro por qué. Acaso porque intenta-

ron acortar su nombre: Miguel Hidalgo y Costilla. El nombre de su mamá era Ana Gallaga y Villaseñor.

Si el padre administraba una hacienda, la de Corralejo, en Guanajuato, tampoco está claro por qué dos de sus hijos estudiaron para sacerdotes. ¿Será porque las carreras más importantes eran en esa época el sacerdocio y la milicia? Sí, pero ¿por qué motivos Miguel no quiso de adolescente ser militar, si al final de su vida acaudillaría batallas históricas? Cuando empezó a obtener sueldos considerables y además con un préstamo de la Iglesia compró tres haciendas y se las dio a un hermano para que las administrara; no se dedicó a atender las haciendas aunque sí se empeñó en otras inclinaciones personales. Por ejemplo, ayudaba a la gente del pueblo a crear alfarerías y herrerías, y sembró viñas, olivos y moreras para criar gusanos de seda. También le gustaba el teatro, y el teatro francés; y hablaba italiano, francés, náhuatl, tarasco y otomí.

A ustedes podría llamarles la atención en cierto momento de sus estudios que en el país, el nuestro, la influencia francesa fue determinante en el gusto de la gente de la época. Tiene una explicación. Los ricos españoles, dueños de minas y de almacenes acá en la Nueva España, contrataban cocineros, sastres y

peluqueros franceses. Así que hubo moda francesa y comida francesa, y por lo mismo teatro francés. Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga, atraído por el teatro, montó obras de autores franceses. También se dio un hecho formidable: el cura ¡toreaba vaquillas!, si puede decirse así, puesto que *no* eran toros.

En el país había españoles ricos y también españoles con pocos recursos pero que no vivían mal; eran los criollos, los hijos de españoles nacidos aquí. Estos últimos, identificados con nuestra tierra, estaban en desacuerdo con que se llevaran a Europa las riquezas de la Nueva España, durante un saqueo de siglos, a cambio de nada o de casi nada.

Mucha gente terminaba endeudada con préstamos que solía dar la Iglesia, o bien porque no pagaba el tributo anual, que era de uno a cinco pesos. La Iglesia hacía las veces de banco. El plazo para pagar llegaba a vencer hasta cincuenta años después de recibido el dinero. Toda una vida endeudado. En caso de no pagar, a los deudores les decomisaban las propiedades dejadas en prenda, pero en caso de ser nativos, recibían azotes en presencia del resto de la gente del pueblo, como triste y sangriento ejemplo para que otros se apresuraran a pagar cuanto antes los tributos o las deudas.

La familia de los hermanos Hidalgo y Costilla Gallaga perdió sus tres haciendas porque no pudieron pagar las deudas. De repente, la Corona española obligó a la Iglesia a hacer efectivas las hipotecas en el plazo de un año. Es decir, no respetó el acuerdo de los vencimientos. ¿Por qué? Porque el reino de España estaba en apuros económicos. Le había prestado la flota de barcos de guerra a Francia, en un conflicto bélico de este país contra Inglaterra, y se los hundieron todos. Necesitaban reponerlos con urgencia para defenderse en caso de cualquier ataque por mar. Incluso podía ser un ataque de los mismos franceses debido a que pasaron de ser aliados a enemigos.

Entonces, porque su apodo lo avalaba, por su procedencia de hijo de hacendado, porque había logrado títulos de bachiller en artes y en teología y desarrollado una carrera sacerdotal vertiginosa, y gracias a su gusto por la música, el teatro y la tiente de las vaquillas, además de su buena fama y prestigio, a Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga lo invitaron, a sus cincuenta y siete años de edad, a emprender la lucha por la independencia del país. No eran requisitos esenciales, pero sí contribuyeron a crearle fama de hombre conocido y querido por los feligreses. Hidalgo aceptó el





ofrecimiento, y cuando supo que los independentistas de Querétaro habían sido descubiertos, perseguidos y encarcelados, adelantó casi tres meses el lanzamiento del Grito de Independencia al pronunciarlo la madrugada del 16 de septiembre de 1810.

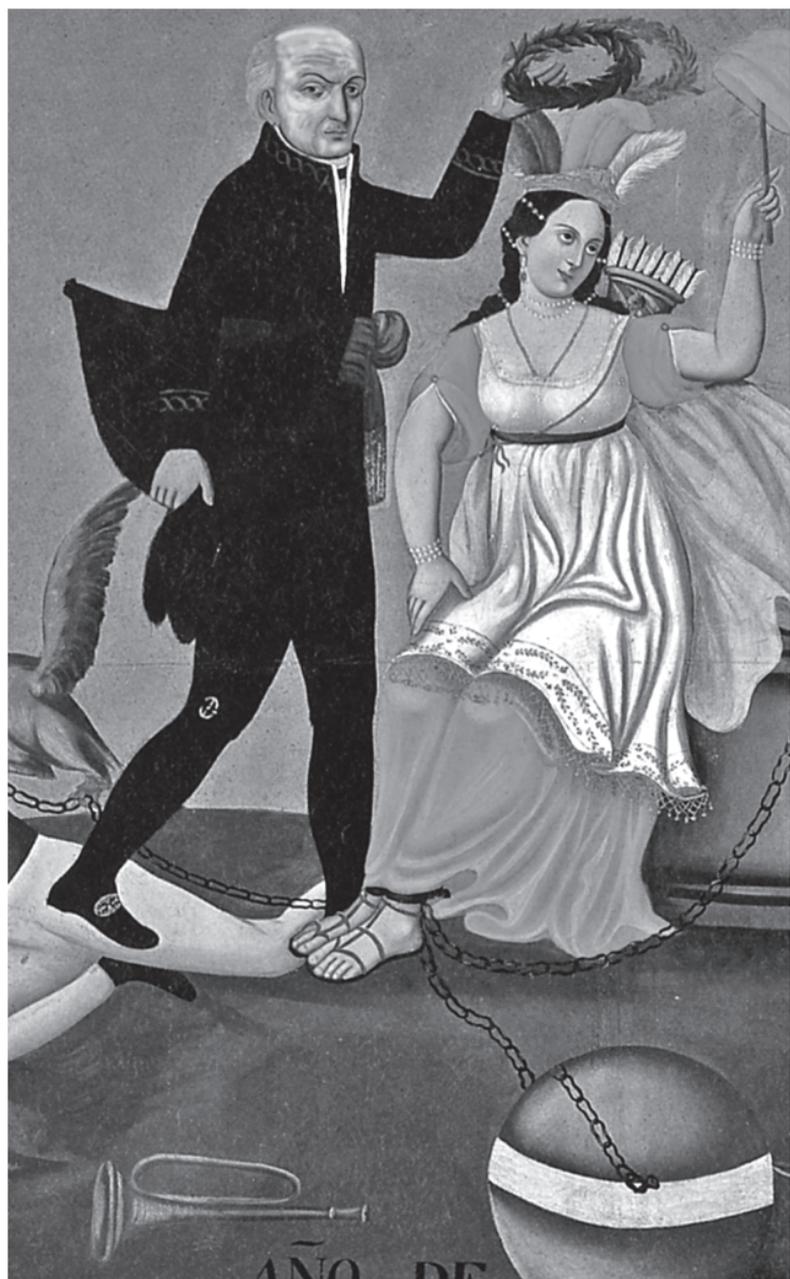
Hay un dato que llama la atención. De los cincuenta y ocho años, dos meses y veintidós días de vida, Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga conspiró o anduvo en combate sólo catorce meses, y permaneció preso más de cuatro meses antes de ser fusilado.

Las primeras acciones fueron significativas y marcaron la forma en que él encabezaría el movimiento. En la ciudad de Dolores era día de mercado, de manera que los comerciantes llegaron a los alrededores de la parroquia a vender los diversos productos del campo. En Guanajuato, durante el otoño, las madrugadas son frías, no frescas, pero varios centenares de personas entrarían en calor con el sermón-discurso que escucharon de manera inesperada. Así que Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga ordenó que las campanas repicaran, y cuando la gente se agolpó a fin de escuchar el llamado extraordinario por súbito, les dijo de qué se trataba: “Mírense las caras hambrientas, los harapos. La triste condición en que se encuentran. ¡Viva la religión! ¡Muera el mal gobierno!”

Enseguida, guiando a trescientas personas, se dirigió a la cárcel y liberó a los detenidos que se sumaron a la marcha de la independencia por seis ciudades, rumbo a la Ciudad de México, en los siguientes cuarenta y cinco días. Más adelante emitió un decreto para liberar de la esclavitud a gente de etnia negra.

Una de las decisiones de Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga fue recurrir a la religión para mantener unido al pueblo en torno a un símbolo, el de la virgen de Guadalupe. Los insurgentes utilizaron esa imagen como estandarte. A su vez, los realistas escogieron a la virgen de los Remedios. Pero fueron más allá porque la uniformaron, la llamaron *Generala*, y le pusieron la banda respectiva y el bastón de mando.

En esas condiciones, los insurgentes se apoderaron de la ciudad de Guanajuato. Ahí, en la alhóndiga de Granaditas, un almacén, fue la primera gran batalla que ganaron. Protegidos por las tropas reales, los españoles y sus respectivas esposas e hijos buscaron refugio en ese almacén por su forma de sólido fuerte inaccesible. Para tomar por asalto el edificio, recién construido por cierto, los insurgentes enviaron a un joven apodado *el Pípila* a prenderle fuego a la puerta de entrada. Al muchacho le colocaron en la espalda



una losa para protegerlo de los disparos y las lanzas que le arrojaban desde la azotea. ¿Imaginan ese episodio?... Una especie de tortuga humana que en lugar de caparazón lleva una plancha de piedra. *El Pípila* era un trabajador minero, dicen, de espalda ancha y hombros musculosos. También dicen que los historiadores oficialistas, una vez independizado el país, exageraron la participación del muchacho convirtiéndolo en una leyenda. Pero ¿y si en verdad actuó como dicen que actuó? Podría investigarse. Una tarea interesante para el futuro historiador.

Uno de los grandes errores de Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga fue que permitió la muerte de los defensores de la alhóndiga de Granaditas, y además el saqueo. Autorizó que el pueblo tomara los objetos de valor de los españoles. Dominado por la furia a causa de siglos de explotación, el pueblo arrancó incluso los barandales de las casas propiedad de los entonces llamados *gachupines*. Ignacio Allende, el militar que había invitado a Hidalgo a dirigir la rebelión, estuvo en desacuerdo con el saqueo, pero tampoco pudo impedirlo. En varias ocasiones dispararon al aire con fusiles y cañones, aunque fue muy difícil dispersar a la turba y suspender el saqueo.

En la segunda batalla importante, en el sitio denominado Monte de las Cruces, muy cerca ya de la Ciudad de México, los dos ejércitos volvieron a enfrentarse; en los hechos, la superioridad numérica de los insurgentes, unos ochenta mil, venció al ejército realista de mil cuatrocientos efectivos. Aquel ejército de apenas trescientos hombres al iniciarse el movimiento la madrugada del 16 de septiembre había aumentado su número en esa magnitud. La batalla duró once horas, de las ocho de la mañana a las siete de la noche.

Sin embargo, era notorio que la aparente fuerza de los sublevados radicaba en su gran cantidad, en su mayoría. Una mayoría que sobre la marcha iba aprendiendo los rudimentos de la milicia. Esperaban ser atacados para luego contraatacar. Mientras tanto, los realistas desplegaron una táctica que les dio resultado en su momento.

Después de la victoria en el Monte de las Cruces, Hidalgo se dirigió a la Ciudad de México con la clara intención de ocuparla. No obstante, uno de los misterios de la historia es ¿por qué dio la orden de regresar sobre sus pasos y no tomar la Ciudad de México? Sobre este punto podría escribirse una historia, una novela histórica. Si ya estuviera escrita (nadie sabe todo

nunca) podría escribirse de nuevo y actualizarla con más y mejores datos. Darle otro enfoque.

Podemos hacer que, en sentido figurado, los héroes bajen del pedestal y nos guíen de la mejor manera para resolver los problemas de hoy. Cuando menos para evitar que se repitan los episodios infelices de nuestra historia. Si un enfoque así parece demasiado frívolo, ahí está el enigma de por qué Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga no libró esa batalla definitiva para tomar a sangre y fuego la ciudad capital. Los historiadores han adelantado versiones diversas, pero ¿cuál fue la verdadera? Ése es el punto por desentrañar. ¿Se le había acabado el armamento? ¿Estaba Hidalgo y Costilla Gallaga preocupado por los saqueos? ¿Por la matanza de españoles? ¿Habían detenido a familiares suyos, como se dijo, y temió que a manera de represalia los fusilaran?

Entre ustedes, niños lectores, podría haber un futuro historiador que descubriera muchos otros detalles de este capítulo de la historia del país. Por ejemplo, podría plantearse preguntas como éstas: ¿qué hacía Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga durante las batallas? ¿Desde dónde las dirigía? ¿Lo hizo de común acuerdo con los militares? ¿Llegaban pronto a ese acuerdo? ¿Tenía dotes militares nuestro futuro Padre de la Patria?

Luego de la retirada de Hidalgo, los insurgentes se dividieron; el cura tomó el rumbo de Valladolid y Allende el de Guanajuato. A finales de noviembre se reencontraron en Guadalajara. Ahí hubo una serie de acuerdos, firmas de decretos y hasta la edición de un periódico, *El Despertador Americano*. En enero de 1811 comenzaron de nuevo las hostilidades y los insurgentes fueron derrotados en la batalla de Puente de Calderón, que marcó el inicio del fin de esta etapa de la guerra. Decenas de miles de insurgentes desertaron de las filas, por lo que Hidalgo, Allende y algunos otros hombres emprendieron la marcha hacia los Estados Unidos para buscar ayuda.

Durante su ida a los Estados Unidos, en Saltillo, los principales jefes de los insurgentes recibieron el informe de que el virrey podía indultarlos en caso de que depusieran las armas. Pero ellos lo rechazaron argumentando que “un indulto es para criminales, no para defensores de la patria”.

En el trayecto hacia la frontera norte, los insurgentes fueron traicionados y capturados. En junio de 1811, luego de un largo proceso, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez fueron fusilados. Sólo se salvó Mariano Abasolo, que moriría en una cárcel española.

A Miguel Hidalgo y Costilla Gallaga lo enjuiciaron tribunales militares y religiosos. En su celda, donde permaneció cuatro meses, leía la Biblia, tocaba el violín y comía y dormía bien. Asimismo, pidió unos carboncillos para escribir varios poemas dedicados a sus carceleros. Lo fusilaron el 30 de julio de 1811. Los cuerpos de los cuatro insurgentes fueron exhibidos en la plaza de Chihuahua y sus cabezas cortadas y enviadas a Guanajuato. Ahí las colgaron en las cuatro esquinas de la alhóndiga de Granaditas con esta inscripción: “Insignes facinerosos y primeros caudillos de la revolución”.

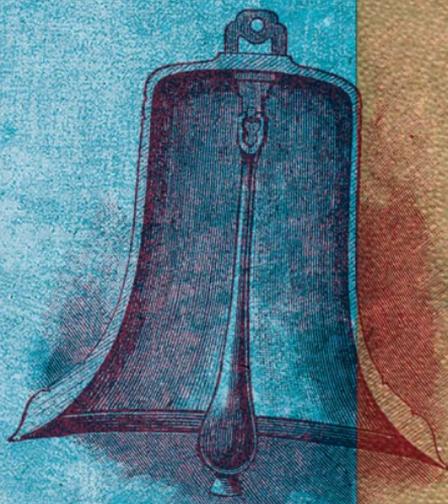




Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

